

Artículo

Los aportes de Friedrich Ratzel y Halford Mackinder en la construcción de la geografía política en tiempos de continuidades y cambios

CONTRIBUTIONS OF FRIEDRICH RATZEL AND HALFORD MACKINDER IN THE CONSTRUCTION OF POLITICAL GEOGRAPHY IN TIMES OF CONTINUITY AND CHANGE

Abraham Paulsen Bilbao

*Instituto de Geografía, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política Pontificia Universidad Católica de Chile
Email: apaulsen@uc.cl*

Resumen

En este texto se analizan y explican los aportes procedimentales y teóricos de Friedrich Ratzel y Halford Mackinder para la construcción de la geografía política contemporánea. Sus trabajos estaban orientados a la comprensión y proyección de la realidad espacial y política que caracterizaba al mundo en el cual les correspondió vivir. Ambos autores manifiestan una fuerte influencia de la cultura en el contexto sociopolítico de su tiempo, cuestión que es necesario considerar en el análisis del origen y evolución de cada una de sus formas de pensamiento científico y disciplinar. Lo anterior es especialmente válido al comprender cómo aplican sus propias concepciones a otras, para el estudio de los escenarios nacionales y globales, la conducta espacial del poder, del Estado y de las sociedades.

Palabras Claves: Mackinder, Ratzel, espacio vital, corazón continental, estado, geografía política, geopolítica

Abstract

Analyzes and explains the procedural and theoretical contributions of Friedrich Ratzel and Halford Mackinder for the construction of contemporary political geography. His works were aimed at understanding and projecting the spatial and political reality that characterized the world in which corresponded to live. Both authors show a strong influence of culture and socio-political of his time, an issue that must be considered in the analysis of the origin and evolution of each of these forms of scientific thought and discipline, especially with regard to how they apply their own ideas as others in the study of national and global scenarios, spatial behavior of power, the state and society.

Keywords: Mackinder, Ratzel, lebensraum, heartland, state, political geography, geopolitic

Introducción

Los pilares de la geografía política contemporánea se encuentran en los trabajos de los geógrafos Friedrich Ratzel y Halford Mackinder; ambos aportaron modelos teóricos y métodos para la comprensión de la realidad espacial y política que caracterizaba al mundo en el cual les correspondió vivir. Sus trabajos orientaron –y lo continúan haciendo hasta nuestros días– las contribuciones de científicos políticos, científicos sociales, politólogos y geógrafos de todo el mundo, en la búsqueda de proyecciones acerca de escenarios nacionales y globales de la conducta espacial del poder, del Estado y de las sociedades. Ambos autores combinaron en sus obras argumentaciones científicas con otras pseudocientíficas, sólidas posturas con intuiciones, imaginarios y opiniones.

De lo anterior se deduce que sus trabajos estaban fuertemente influenciados por la cultura y el contexto sociopolítico de su tiempo, cuestión que es ne-

cesario considerar en el análisis de la evolución del pensamiento científico y disciplinar en la geografía política, geografía, ciencias sociales y en las humanidades.

Nos referiremos a continuación, al proceso de gestación de la *Geopolitik* alemana, que debe ser comprendida como una estrategia política global que comenzó a ser concebida por una mirada de intelectuales y artistas germanos desde antes de la constitución del Estado alemán tras la guerra franco – prusiana, de la cual Ratzel fue uno de sus teóricos más prolíficos y aventajados. Pero este modelo no fue el único, también abordaremos a Mackinder y los fundamentos de la geopolítica imperial británica. Posteriormente reflexionaremos acerca de las influencias de las teorías de Ratzel y Mackinder en la evolución de la geografía política durante el siglo XX y de las nuevas demandas a la geografía política en los procesos que se están desarrollando durante este siglo.

La tesis ratzeleana acerca del Estado, de los seres humanos, de la sociedad y los ensamblajes con la geopolítica

Como ya se señaló, Ratzel desarrolló una geografía moderna; por cuanto pretendió analizar el fenómeno de la territorialidad humana a partir de una teoría científica que debía forzosamente incluir preguntas referidas al origen y evolución del Estado, las relaciones entre el Estado y otras instituciones, las relaciones entre las distintas clases sociales y los objetivos estatales. Su análisis partía de la convicción, planteada claramente en su "*Antropogeographie*", de que ningún pueblo está o estuvo imposibilitado de poseer algún nivel de organización política, fundada en razonamientos que varían en complejidad y profundidad, desde la superstición a intereses utilitarios. Fundamentaba este razonamiento con la demostra-

ción de que no existía ninguna evidencia histórica que demostrara el predominio del individualismo en algún pueblo o nación; al contrario, aseguraba que una de las características del ser humano civilizado era su adscripción a un marco jurídico y la construcción de lógicas de coerción permitidas por el cuerpo social (Ratzel, 1885). Esta teorización implicaba que existía un modelo de Estado civilizado en oposición a otros, lo que explicaba el carácter esencialmente conflictivo que presentaban las relaciones internacionales, cuestión que desarrolló en su obra "*Geopolitik*" (Ratzel, 1987). Lo anterior, por cuanto el Estado civilizado, que era además ordenado, recibía la oposición de comunidades pre existentes, o que

se formaban en sus fronteras, las que se oponían a ese orden y que podían evolucionar desde una condición de predadores a conquistadores, o viceversa, dado que ambas actividades pueden transformarse en la otra, proceso de gran importancia histórica y que explica la emergencia del Estado en este tipo de pueblos mediante guerras (Robert & Fernandes, 1990).

La teoría ratzeliana acerca de las guerras otorga dos posibilidades para el análisis geográfico. La primera, analizarlas como elementos estructurales y estructuradores de la configuración del Estado y por lo tanto, fenómenos inmanentes en la evolución histórica de los pueblos. La segunda, entender a las luchas como requisito para la constitución de organizaciones políticas complejas y como expresiones del desarrollo organizacional entre dos naciones (Ratzel, 1885). Ambas situaciones parten de la base de que la existencia pacífica de los pueblos es una etapa entre conflictos, lo cual eleva las guerras a un estatus de

fenómeno ordenador y como expresión única del contacto presente y futuro entre dos pueblos, cuestión que Samuel Huntington aplicó al estudio de los contactos entre civilizaciones (Huntington, 2005).

Si nos focalizamos en los aspectos más notorios e indiscutibles de la teoría de Ratzel referida al Estado, podemos inferir que del concepto de raza surge un conjunto de consideraciones acerca de qué sólo algunos grupos humanos tenían la posibilidad de establecer regímenes estatales complejos; segundo, de que no había ninguna institución social cuyos derechos e intereses pudiesen superar al bien común expresados en el Estado –que casi orgánicamente, era anterior al ser humano–, ya que representaba en sí mismo el salto evolutivo de algunas comunidades desde la barbarie a la civilización y la forma como se superaba el aislamiento social y geográfico, a la vez que se configuraban mecanismos exitosos de agregación (Gallois, 1990).

Friedrich Ratzel y el nacimiento de la geografía política moderna

Friedrich Ratzel integró la teoría de la evolución de Darwin a las concepciones ritterianas respecto a la Tierra y a los continentes, especialmente lo referido a los mecanismos de supervivencia de los individuos biológicos y la organicidad del Estado. También aportaron al desarrollo de la teoría ratzeliana los planteamientos de Friedrich List, Heinrich von Treitschke y el darwinismo de Ernst Haeckel, como se evidencia en la existencia en su obra de posturas evolucionistas, positivistas y el abandono paulatino de las influencias románticas e idealistas de Ritter y Humboldt. En función de lo anterior, “el gran mérito de Friedrich Ratzel (1844–1904) es el de haber sido capaz de superar la concepción de *Völkerkunde* y haber llegado a la Antropogeografía” (Capel, 1981:279).

En 1842 fue publicado el libro de Friedrich List titulado “El Sistema Nacional de Economía Política”, basado en sus experiencias durante su estadía en Estados Unidos y su labor diplomática en Alemania durante la primera mitad del siglo XIX. Este autor, testigo directo de la declaración e implementación de la doctrina Monroe, recomendaba a la clase política alemana el desarrollo y ejecución de una política internacional que posibilitara el incremento del territorio ante eventuales aumentos del tamaño de la población. El autor defendía la tesis de que el crecimiento económico de los estados alemanes requería de una ampliación territorial que pusiera bajo el control del estado el espacio contenido entre los mares del Norte, Báltico, Negro y Adriático; ese sector fue definido en 1897 por el historiador Heinrich

von Treitschke como el "espacio vital" o "*lebensraum*". Este concepto, que existía previamente, adquirió con este historiador la connotación geopolítica que mantiene hasta nuestros días y formó parte de una filosofía del espacio que caracterizó a una parte importante del pensamiento geográfico de los siglos XIX y XX y que fue un planteamiento central de los trabajos de Ratzel, Kjellen y Haushofer.

En el caso de Ratzel, desde una concepción orgánica y materialista del espacio, surgieron teorías referidas a qué características y tamaño debían tener los territorios para asegurar la proyección de un Estado en el tiempo, y otras que consideraban a las fronteras como estructuras que evolucionaban en virtud de la posibilidad de los pueblos de ampliar sus espacios para asegurar la supervivencia de una población creciente. De lo anterior se deduce la existencia de una consideración de espacio fronterizo como institución consustancial a los objetivos estatales, que al tener oposiciones internas y externas configuraban la concepción de un Estado como institución en amenaza permanente. Se puede inferir de este tipo de planteamiento la justificación contemporánea de la guerra sucia o guerra contra el terrorismo que formó parte del discurso de los gobiernos dictatoriales latinoamericanos que se transformaron en entes guerreros contra sus propios pueblos durante el último tercio del siglo XX, en virtud de la doctrina de la seguridad nacional.

Otro aspecto de una filosofía moderna del espacio contenida en la obra ratzeliana es la teoría del *lebensraum* o espacio vital. Se trataba de un área geográfica dentro de la cual se desarrollaban los organismos vivos, cuyo tamaño dependía de las capacidades soberanas del Estado, entendido como la institución que unifica a los pueblos apoyado por un territorio y la historia común. Este geógrafo alemán participaba de la idea de que todo pueblo originaba un Estado, que como institución tenía un lugar privilegiado que lo elevaba por sobre todas las clases sociales, las que estaban llamadas a formar un fren-

te común para defenderlo de enemigos exteriores (Capel, 1981). Postulaba que entre la distribución espacial de los seres vivos y el tamaño de una Tierra que no crece, existía un claro contraste del cual se originaba una lucha por los espacios; los seres vivos intentaban ampliar sus territorios a expensas de sus vecinos y la lucha se hacía aguda cuando los organismos ocupaban completamente un espacio restringido. Para los grupos vencidos, la disminución del espacio provocaba hambre, miseria y la decadencia general de su fuerza vital. Su teoría puede reducirse a la idea de que a cada grupo, su espacio y a cada espacio sus límites (*Grenzer*), que no son sólo líneas, sino más bien campos de lucha fijados por la naturaleza (Capel, 1981).

La potencia de un Estado para crecer se relacionaba con una serie de factores, destacando el área que ocupaba, el número y características étnicas y culturales de sus habitantes, las condiciones naturales, las aptitudes de la clase política. De acuerdo a estos factores, existían pueblos dirigentes que serían aquellos que mandan, y pueblos rebeldes que serían aquellos que obedecen; también incorpora la idea que más allá de las naciones existía una ciudadanía universal, liderada por Europa y que justificaba la expansión de este continente.

Ratzel explicaba la expansión territorial de los estados mediante la absorción de unidades territoriales (como otros estados) menores o cambios en las fronteras; la cultura, las ideas, la producción comercial, accesibilidad a recursos (dado que los Estados, a causa del incremento de la producción las fronteras, incorporarían líneas de costa, cuencas de ríos, llanuras, entre otros espacios, en la búsqueda de insumos para la economía), la actividad misionera, entre distintos factores. Además, sostenía que era imprescindible para que tuviese lugar el crecimiento territorial la influencia desde fuera de un Estado primitivo, entendido como una civilización superior que rompía los equilibrios internos. También planteaba que cuando un Estado crecía, seguía haciéndolo recursi-

vamente hasta alcanzar sus fronteras naturales para satisfacer las necesidades de espacio de su población (Strausz - Hupé, 1945:48) y que toda expansión incentivaba a otros estados a que también lo hicieran si es que contaban con la potencia necesaria para realizar tal tarea, lo cual presentaba a la guerra como un mecanismo de asignación espacial.

La teoría ratzeliana formó parte de la búsqueda de un proceso de interpretación global donde el territorio no es el continente o escenario de acción de fuerzas políticas, sino que en sí mismo es un poder político. Sobre la base de este precepto, la geografía política avanzó hacia la formulación de una teoría

del espacio geográfico que superaba las propuestas aisladas, sin articulación, que impedían el establecimiento de leyes y principios generales o la posibilidad de comparación, ya que si se quería obtener la consideración de ciencia para la geografía en general y, para cada una de sus ramas en particular, se necesitaba conformar un cuerpo teórico que no sólo describiera sino que también explicara la realidad, cuestión que resultaba imposible si no se superaban los estudios y enfoques descriptivos (Capel, 1981). Halford Mackinder cumplió en alguna medida este propósito, dado el paulatino abandono del modelo y teorías de Ratzel durante el siglo XX (Gallois, 1990).

Mackinder y los fundamentos de la geopolítica imperial británica

En abril de 1904 aparece publicado en la revista *"The Geographical Journal"* un artículo escrito por Mackinder titulado *"The geographical pivot of history"* (Mackinder, 1904), en el cual expuso los fundamentos de su teoría, que había sido en buena parte construida sobre la base de su participación en los asuntos imperiales británicos desde 1899 hasta mediados del siglo XX. Uno de los pilares de esta teoría se fue desarrollando entre 1899 y 1903, consistió en una asociación entre el sistema político y organizacional del imperialismo británico y un supuesto rol de ese imperio como aglutinador de una liga marítima que apoyara a las democracias sobre la base de una política exterior común entre estados de distinta naturaleza. No deja de llamar la atención la tesis de que el imperio era una especie de defensor natural del orden democrático enfrentando, mediante una flota marítima internacional, a imperios contrarios a la libertad política, que además de amenazar los intereses británicos, por extensión, también lo hacían al resto del mundo libre (Blouet, 2004).

En el artículo consiguado, Mackinder definió a Asia Central como el corazón continental de Eurasia y en

función de su localización, como el pivote sobre el que había girado el destino de la mayor parte de los imperios hasta entonces conocidos, ya que la orografía, sistemas fluviales y otras redes de comunicaciones favorecían más la formación de imperios que de Estados (Knutsen, 2014). Los imperios, al igual que el modelo de Estados de Ratzel, estaban obligados a expandirse en superficies limitadas, de modo que las guerras, prácticamente inevitables, pasarían de una escala continental a otra mundial en función de la extensión territorial (y el poder de fuego) que alcanzasen los imperios (Mackinder, 1904).

Mackinder construyó sus argumentos sobre la base de una propuesta de periodificación de la historia de Occidente, donde la Europa del siglo XX provenía de una época de descubrimientos y conquistas que le había precedido por aproximadamente cuatro siglos. En este contexto, inició su artículo con la siguiente afirmación: *"When historians in the remote future come to look back on the group of centuries through which we are now passing, and see them foreshortened, as we today see the Egyptian dynasties, it may be well be that they will describe the last 400 years as*

the Columbian epoch, and will say that it ended soon after the year 1900" (Mackinder, 1904:421). Mackinder señalaba como inicio de la era colombina el descubrimiento de una ruta marítima alternativa a la India mediante la superación del cabo de Buena Esperanza, que permitió evitar tanto el aislamiento medieval del Viejo Continente como los peligros de las rutas que pasaban por el Medio Oriente. Lo anterior redundó en un cambio entre un estilo de vida endógeno a otro exógeno, que resultó, a juicio del geógrafo británico, crucial para entender la forma como se fue superando la dependencia europea de la constitución de imperios de alcance continental en Asia Central, ya que en tanto tenía lugar la expansión mediante las acciones de los marineros portugueses, españoles, ingleses y holandeses, los rusos lograban algo parecido por tierra, cuestión que se repetiría en los siglos siguientes¹. Se trataba entonces de un permanente enfrentamiento entre potencias imperiales continentales y marítimas, que exigía el control del pivote mundial para lograr la paz, ya que "Quien domine Europa oriental, gobernará el corazón continental. Quien domine el corazón continental, gobernará la Isla Mundial. Quien domine la Isla Mundial, gobernará el mundo" (Mackinder, 1904:422).

Según Mackinder, antes de la era colombina, el mundo medieval ocupaba un área muy reducida del espacio europeo y su suerte dependía de los vaines de Asia; el advenimiento de la era colombina fue posible mediante la superación de resistencias "insignificantes" (Kaplan, 2013:99) que frenaban los descubrimientos y viajes hacia otros continentes a través de los océanos. Cuando Europa consiguió abrirse al mundo también logró incrementar sus niveles de autonomía, paso previo al establecimiento de un rol hegemónico en el sistema de relaciones internacionales. A diferencia de Toynbee y Spengler,

Mackinder consideraba que los contactos intercivlizatorios permitían la maduración de los grupos humanos y que ninguna civilización se había desarrollado independientemente de otras, con prescindencia de su entorno. Esto era el elemento desde el cual explicó la influencia de los asuntos asiáticos en el destino de Europa; utilizó como metáfora de la interdependencia de cada una de las sociedades del resto de la población mundial, la explosión del volcán Krakatoa de fines del siglo XIX (Mackinder, 1914:253; Knutsen, 2014).

Este dominio se sustentaba en algunas teorías realistas de Mackinder referidas a la distribución geográfica de recursos, los efectos de la contigüidad, la interconexión, la condición de mapa de coropletas del planeta, el empleo de la fuerza en los contactos intercivlizatorios y del hecho de que todas las civilizaciones eran diferentes (Kearns, 2013). Analizaremos a continuación cada uno de los aspectos aquí consignados.

La desigualdad en la distribución espacial de los recursos generaba diferentes posibilidades para alcanzar el desarrollo económico y en el acceso a fuentes energéticas; esto tenía efectos sobre el poderío militar de las naciones y sus posibilidades de despliegue geopolítico. El corazón continental o Heartland contaba con una gran cantidad de recursos mineros y agrícolas que no podían ser alcanzados por la potencia marítima dada su situación geográfica, especialmente aquellos recursos disponibles al Oeste y hacia el Sur de la actual Federación Rusa, hasta el Mar Caspio y luego hacia el Este a través de las estepas. Por ende, la ex Rusia y Unión Soviética podía industrializarse y obtener reservas de combustible que aseguraran la hegemonía mundial, ya que el Heartland de la Isla Mundial podía sostener un imperio mundial (Kearns, 2013) si se desarrollaban adecuadamente

1 En opinión de Mackinder, la expansión de Rusia a principios del siglo XX (y del Imperio bolchevique después), substituyó las que pasadas hordas mongolas habían amenazado a Occidente (Mackinder, 1904).

las relaciones entre seres humanos y los medios de producción y recursos.

El segundo elemento de la teoría espacial de Mackinder es que la difusión de ideas, políticas o innovaciones es más potente cuando se comporta con una lógica de contigüidad o contagio; podría ocurrir que desde el Heartland se generaran procesos de expansión y conquista territorial que alcanzaran al Báltico, los Dardanelos, el Bósforo, el Mar Negro y sus áreas contiguas. De hecho, en 1920 Mackinder intentó convencer a las autoridades británicas de que era imprescindible enfrentarse a los bolcheviques, ya que estos eran una especie de "fuego en la pradera" que podía incluso amenazar los intereses británicos en India. El argumento de la contigüidad aquí presentado evolucionó a la posterior "teoría del dominó", que direccionó a la Guerra Fría durante la mayor parte del siglo XX (Tovar Ruíz, 2011).

Un tercer elemento en la teoría de Mackinder era la idea de que la interconexión había aniquilado el espacio y que las distancias se habían acortado de tal manera que no era posible pensar que la extensión y/o magnitud de un territorio significaba alguna forma de protección contra eventos distantes. La interconexión demandaba la redefinición de lo que se concebía como esfera de interés nacional, por cuanto un cambio político en algún lugar del mundo podía tener efectos en diversas y distantes sociedades (Castel, 1997). El interés nacional era permanentemente confrontado por acontecimientos que tenían lugar en distintos sectores del globo, lo que equivalía a sostener que ya no existían espacios cerrados (Kearns, 2013:919). Este planteamiento, fundándose en la interconexión global, evolucionó posteriormente a tesis que posibilitaron el intervencionismo universal de las potencias extranjeras cuando sintieran amenazados sus intereses (Fontana, 1994) y a la constitución de las instituciones supranacionales que organizan, coordinan y dirigen la globalización (Castells, 1999).

El cuarto elemento del modelo geopolítico de Mackinder era su concepción de un mundo como mapa de coropletas, donde alternaban grandes unidades espaciales internamente homogéneas pero diferentes unas de otras (Kearns, 2013). El geógrafo británico concebía al mundo como un conjunto de áreas diferenciadas según colores que tapizaban un espacio absoluto y que en función de sus diferencias se amenazaban constantemente (Herod & Wright, 2002). Tales diferencias podían ser étnicas, religiosas, culturales e implicaban que por la sola existencia de grupos humanos diversos se producía una especie de amenaza existencial ineludible que afectaba a cada uno de los que era posible distinguir (Huntington, 2005).

El quinto elemento de la geografía política de Mackinder fue la tesis de que el empleo de la fuerza y la consecuente irrupción del conflicto eran característicos del contacto entre diversas civilizaciones. Las guerras intercivilizatorias obedecían a la necesidad de crecimiento que asegura la posibilidad de que las civilizaciones sobrevivieran. Esta tesis sitúa a algunos componentes del pensamiento del geógrafo británico en el paradigma realista característico de la primera mitad del siglo XX (Blouet, 2004) y que se proyectó como una forma de comprender y actuar en materia de relaciones internacionales (Kearns, 2013).

Por último, las diferencias entre las civilizaciones justificaban analizarlas desde la perspectiva de la excepcionalidad. Este tipo de análisis permitía identificar a un tipo civilizacional específico que desarrollaba la tarea de mantener y transmitir a las restantes, valores de carácter universal, siendo estas civilizaciones de carácter indígena. Para Mackinder, esta tarea era abordada en el siglo XX por la raza anglosajona, a la cual definía como la fuente de los valores democráticos en el mundo. Escribiendo a principios del siglo XX, Mackinder sugirió que la democracia y la libertad eran bienes universales que dependían de la fuerza de la civilización que los produjo, (que era precisamente la civilización anglosajona), y que el resto del

mundo se oponía a su adecuada implementación y puesta en práctica.

Los elementos anteriormente abordados se conectaban en una teoría general. La distribución geográfica de los recursos producía concentraciones de potencial geopolítico en Rusia que podían animarla a desarrollar empresas de conquista de alcance

mundial mediante el modelo de difusión por contagio. A causa de la existencia de la interconexión, ésta potencia podía amenazar la libertad de todo el mundo. Se trataba de un imaginario geopolítico que concebía al mundo como un armazón de civilizaciones que se amenazaban mutuamente (Cutter, Richardson & Wilbanks, 2003).

Las influencias de las teorías de Ratzel y Mackinder

La motivación de ambos autores consistía en aportar desde la teoría, a la consolidación de los proyectos imperiales de sus respectivos países. Por ello, la comunidad científica alemana del siglo XIX y primer tercio del XX, recibió con entusiasmo el determinismo ratzeleano, dada su afinidad con los ideales de Estado nación y con las teorías acerca del origen y dinámica de los Estados que se estaban produciendo desde otros referentes. Contribuyó a la difusión de los planteamientos de Ratzel su condición de aventajado discípulo de Haeckel, fundador de la ecología, y de acérrimo defensor de las tesis de Darwin (Capel, 1981). Lo anterior hizo de su obra un faro al cual muchos geógrafos acudieron buscando perfilar una geografía más científica, que fuese capaz de describir leyes y principios generales. Por otra parte, al tiempo que estaba desarrollando su obra, la ciencia evolucionaba hacia el positivismo, al mismo tiempo que maduraba la ecología y el dominio de las ciencias naturales como mecanismo de análisis y explicación de la realidad, era incontrarrestable. La síntesis entre posturas positivistas y naturalistas derivó en la constitución de explicaciones acerca de los actos humanos pseudo biológicas–evolutivas (Capel, 1981). Uno de los problemas que conlleva este tipo de aproximaciones es que se puede caer en explicaciones deterministas de la conducta humana, cuestión que distinguió al enfoque ratzeleano. La libertad en este tipo de enfoque se transforma en

una suerte de ideal, ya que todo ser actúa motivado por fuerzas soberanas de distinta naturaleza y signo; lo anterior es claro en los postulados evolucionistas de Ratzel y en su concepción orgánica del Estado y en la teoría de Mackinder, quien como el geógrafo alemán, imaginaba a la guerra como la única posibilidad de contacto intercivilizatorio, en desmedro de prácticas de cooperación y altruismo.

Respecto al diseño teórico geopolítico, Rudolf Kjellén y Karl Haushofer –en Suecia el primero y en Alemania el segundo– fueron quienes mantuvieron vivo el fuego de la geopolítica y de la tradición realista de la *Geopolitik* alemana en Europa Occidental durante la primera mitad del siglo XX. Kjellén temía al expansionismo ruso que buscaba controlar las aguas del Báltico, ante lo cual postulaba la unidad entre Suecia y Finlandia para enfrentar tal objetivo. Su fervoroso anti paneslavismo y la defensa de la otrora grandeza sueca le otorgó gran prestigio entre la aristocracia y la clase media alta sueca, pero no así en la clase política. Por esta razón y ante el abandono de posiciones belicistas en Escandinavia, optó por delegar en Alemania la defensa de su mundo ante un posible avance ruso o de Gran Bretaña. Era necesario para Suecia que se fundara un gran imperio alemán que comprendiera el centro y este europeo, el Canal de la Mancha y las costas bálticas. Tomando las ideas de Ratzel, postulaba que la grandeza de ese futuro imperio dependía de la extensión de sus conquistas,

por cuanto concebía al Estado en la lógica del *Volk*, por lo cual su suerte dependía casi biológicamente, de la posesión de espacio vital y de la raza (Kaplan, 2013:120-121).

En la obra de Karl Haushofer es posible encontrar aspectos tanto de las teorías de Ratzel, Kjellén y Mackinder. Sin embargo, a diferencia de éstos, construyó una doctrina coherente de imperio basada en elementos mítico-étnicos-nacionalistas que declaraba a Alemania como el único Estado con derecho a la autodeterminación nacional (Kaplan, 2013:123), y consecuentemente, sin mayor contrapeso para dominar el corazón continental y desde éste al mundo. Las relaciones personales de Haushofer con Rudolf Hess y con el propio Adolf Hitler explican por una parte, el uso referencial que los nazis le dieron a sus postulados como aspecto fundamental de su política exterior, y por otra, el abandono de la *Geopolitik* por los alemanes que sobrevivieron y vivieron tras la Segunda Guerra Mundial.

Las guerras mundiales no sólo influyeron en el desprestigio de la geografía política alemana, sino que también significaron una instancia para que el mismo Mackinder revisara sus ideas, lo cual era posible dada la firme convicción, como ya señalamos anteriormente, de este geógrafo británico del rol preponderante que tenía el Imperio Británico en la evolución de la historia mundial basado en su rol insustituible para el logro de mayores niveles de libertad humana. El Reino Unido actuaba como una especie de pivote moral y político que garantizaba un estándar para los individuos que los ponía por sobre la *realpolitik* de masas de los alemanes y de otras dictaduras como la bolchevique.

Algunos discípulos de Ratzel, entre los que se cuentan Schluter, Meitzen, Hahn, Passarge, aportaron a la constitución de una suerte de tradición alemana de la geografía cultural, que se distanció de los principios puramente evolucionistas de Ratzel, (que ya eran muy criticados por algunos sociólogos ale-

manes y franceses), asociando la idea de nación al concepto de pueblo y a la explicación de los tipos de paisaje; esta tradición entendió al paisaje como el resultado de la aplicación de técnicas y herramientas que poseían los grupos humanos, las que les facultaban para dominar su entorno; este tipo de estudios se mantuvieron hasta la segunda mitad del siglo XX, bajo la forma del análisis de la preeminencia e influencia de agentes tales como el Estado nación en la producción del *landschaft*, en circunstancias que poco quedaba de la visión estado-céntrica, determinista y geopolítica del mundo.

Las postrimerías del siglo XIX fueron particularmente agitadas en Francia; el imperio se había desgajado y por ello todos los quehaceres de la cultura francesa, particularmente la historia y la geografía, fueron conmovidos y desafiados a responder a la necesidad de darle al país galo la preponderancia y grandeza que había perdido. Sería en Francia donde las críticas a los postulados ratzeleanos resultaron en la generación de una nueva tradición y/o escuela, que significó un impulso a la geografía cultural al amparo del humanismo, cuyas consecuencias más significativas fueron el reemplazo del nombre Antropogeografía por el de geografía humana (Romero et al., 2000:18) y la disminución de la relevancia que había adquirido la geografía política.

Un aporte que no ha sido atendido en su justo mérito por la geografía política es el trabajo de Élie Reclus y que puede ser integrado a las discusiones contemporáneas acerca del llamado interés nacional. Reclus, al igual que Mackinder, concebía la existencia de una sociedad mundial (cuestión que también aparece en la obra de Ratzel), cuya expansión era más que un objetivo militar un imperativo ético (Reclus, 1906 – 1909; 1980), de manera que la centralidad estaba en la responsabilidad (nacional) con el resto del mundo y no en la (in) seguridad nacional (Kearns, 2013). Si aceptamos esta visión, la geografía política debería considerar el estudio de los efectos

de la transformación de recursos, los costos sociales y ambientales de las formas de producción imperantes en una época de globalización de mercados. De paso, los postulados de Mackinder respecto a la interconexión y la excepcionalidad pueden ser confrontados con la reflexión acerca de cómo los actos de una potencia afectan a otros y de cómo es posible amortizar dichos impactos. A propósito de la excepcionalidad, un contemporáneo de Reclus, Peter Kropotkin defendía la tesis de que existía una única raza, la raza humana. Cada parte del mundo había estado conectada con otras, de modo que cada porción era un híbrido que podía cooperar con los restantes estancos espaciales incrementando la sociabilidad y el progreso mutuo (Kearns, 2013:925). Quedaba entonces lanzado el desafío para una nueva o diferente geografía política que aportara a la construcción de un futuro menos conflictivo y más cooperativo.

Nicholas Spykman profundizó y actualizó los planteamientos de Mackinder en el estudio de la situación geopolítica de Estados Unidos de Norteamérica tras la Segunda Guerra Mundial. Defendía la seguridad de los países como mecanismo para lograr equilibrios de poder regionales y mundiales que garantizaran la paz. Adaptó el principio del pivote a la situación norteamericana concibiendo al Caribe como el "Mediterráneo americano"; señalaba que Estados Unidos "se convirtió en una potencia mundial cuando finalmente fue capaz de arrebatar el dominio del 'mar intermedio', o Caribe, a los Estados coloniales europeos de manera incuestionable en la Guerra hispano – estadounidense de 1898, lo cual permitiría la construcción del Canal de Panamá poco después" (Kaplan, 2013:132). En su opinión, la posición geoestratégica del país norteamericano se fundamentaba en el control que podía ejercer sobre las islas y las costas caribeñas y que desde éste

se extendía a los territorios emplazados al norte del Amazonas. Por otra parte, "Spykman identifica vagamente el corazón continental con el imperio soviético, rodeado por mares árticos helados al norte, entre Noruega y el extremo oriental de Rusia, y por montañas al sur, desde los Cárpatos, en Rumania, hasta las mesetas de Anatolia, Irán y Afganistán, y desde ahí giraba hacia el noreste, en dirección al Pamir, el macizo de Altái y la meseta de Mongolia, hasta llegar a Manchuria y Corea. Para él, esta era la geografía clave del mundo, por la que se lucharía constantemente" (Kaplan, 2013:137). Esa unidad geográfica estaba rodeada por un anillo continental al cual denominó *Rimland*, que era geográficamente más importante que el corazón, dado que se trataba del espacio que se comunicaba con el resto del mundo y que otorgaba la posibilidad de dominar el mundo al poder marítimo.

La geografía política sería desde Spykman en adelante, el estudio de los factores fisiográficos, geohumanos, geoeconómicos y políticos que inciden o condicionan las relaciones de poder entre instituciones y actores sociales en el espacio geográfico. Se trata del estudio de las influencias de fenómenos o factores geográficos sobre un Estado o sobre un área para deducir sus consecuencias. En cambio cuando se estudian influencias políticas en los factores geográficos y sus consecuencias, para extraer conclusiones políticas, se está en el ámbito de la Geopolítica. A partir de los trabajos de Spykman, al que se sumaron los modelos teóricos propuestos por George Kennan, Paul Kennedy, Henry Kissinger, Samuel Huntington, Robert Strausz – Hupé, Zbigniew Brzezinski, Hans Morgenthau, Saul Cohen, Colin Gray, Ray Cline, entre otros, se constituyó una tradición geopolítica conservadora propiamente norteamericana que privilegió el análisis a escala global de la situación de Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría.

La evolución de la geografía política desde la segunda mitad del siglo XX

Entre las características de las transformaciones territoriales y sociopolíticas acontecidas desde mediados del siglo pasado, se cuenta la presencia de puntos de inflexión o *tipping points* (Gladwell, 2000) muy cercanos unos de otros, debido a que las capacidades (Sen, 2000) han logrado modificar, con inusitada frecuencia, el sistema de relaciones y/o lógicas organizadoras que las soportan (Sewell, 1996). En cada inflexión afloraron alianzas, alineamientos, antagonismos, rivalidades que involucraron a naciones y a continentes, los que redundaron en la "Gran Transformación" (Polanyi, 1989) en el Segundo Mundo, la pauperización del Tercer Mundo y el ostracismo del Primer Mundo. Todos estos procesos acontecieron a distintas velocidades y con puntos de partida variables, desde la irrupción de la Modernidad en Occidente. A contar de la llamada Guerra Fría se configuró un orden mundial bipolar, caracterizado por la configuración de puntos calientes o de tensión, intervencionismo en las contingencias interestatales por parte de potencias hegemónicas, guerras e inestabilidades sociales, territoriales, fronteras, institucionales y económicas (Taylor & Flint, 1994). Desde la década de los '70 resurgieron tanto la geopolítica como la geografía política (Hepple, 1986), bajo la lógica de dos tradiciones o enfoques, uno conservador y otro que, sobre todo en el caso de la geopolítica, corresponde a un conjunto de líneas de investigación que algunos han definido como una "renovación radical" (Agnew, 2005:IX), que se fue desarrollando en torno a la revista francesa Hérodote, fundada en París por Yves Lacoste en 1976 y de la revista *Political Geography Quarterly*, editada por Peter Taylor desde 1982 en el Reino Unido.

Ambas tradiciones han posibilitado que la geografía política haya ingresado desde el último tercio del siglo XX a la corriente principal de las ciencias sociales diversificándose como acontece con toda subdisciplina en expansión (Webster, Bowman,

McGowin, & Robinson, 2007). Tradicionalmente fue un cuerpo de conocimientos donde el Estado tuvo gran protagonismo (cuestión que se mantiene en las corrientes más conservadoras), pero se ha incorporado al análisis tópicos tales como los sistemas mundiales (Wallerstein, 1991; Taylor & Flint, 1994), la dinámica del capital y de la globalización (Nogué & Rufi, 2001), los movimientos sociales y antisistémicos (Wallerstein, 1999; Mitchell, 2003), epistemología del espacio (Mendieta, 2006), conflictos en el uso del espacio (Taylor, 1999), producción de resistencias (Agnew, 1987), comportamiento espacial del electorado (Sanguin, 1981), poder (Raffestin, 1980; Herod & Wright; Rodrik, 2012; Kim, Pantzalis, & Park, 2012), terrorismo (Cutter, Richardson, & Wilbanks, 2003), geopolítica de la cotidianidad (Starr, 2013), entre otras temáticas.

El seguimiento de la producción de investigaciones en dos aspectos permite, a nuestro juicio, aquilatar la diversificación en temáticas y objetos de estudio que ha experimentado la geografía política en el presente siglo; nos referimos a los estudios epistemológicos referidos a las vinculaciones entre espacialidad, poder y espacio y la bajada a temas geográfico – políticos a la escala urbana e incluso intraurbana, superando el tradicional discurso estado-céntrico que caracterizaba a esta disciplina (Flint, 2003). La reflexión epistemológica tiene que ver con el hecho de que durante el siglo pasado las ciencias pusieron en el tapete el problema del tiempo, especialmente a partir de la obra de Henri Bergson y de Martín Heidegger; en cambio, durante el siglo XXI se ha revitalizado el tema del espacio, entendido en la mayor parte de los estudios como un sustrato donde acontecen otras acciones, como por ejemplo, las de carácter económicas, sociales, depredadoras del hombre y la sociedad, etc., y frecuentemente como estático y carente de contenido político, una tendencia que sigue dando preferencia a una visión histórica frente a

una geográfica en el análisis de cambios sociales. Sin embargo, también han incrementado su presencia investigaciones que apuntan a la comprensión de la territorialidad y de la espacialidad y que han significado un incremento de la relevancia que el espacio tiene en los estudios políticos y sociales, que comprenden al espacio como un objeto o sujeto político (Starr, 2013). Uno de los fundadores de estas vinculaciones, Henri Lefebvre, afirmaba que

El espacio no es un objeto científico separado de la ideología o de la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene apariencia de neutralidad e indiferencia frente a sus contenidos, y por eso parece ser puramente formal y el epítome de abstracción racional, es precisamente porque ya ha sido ocupado y usado, y ya ha sido el foco de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido formado y modelado por elementos históricos y naturales; pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literariamente lleno de ideologías (1991:31).

La consideración política del espacio plantea nuevos desafíos a la geografía política, pero al mismo tiempo, le confiere un mayor radio de acción y profundidad explicativa. En la actualidad, esta rama de la geografía juega un rol fundamental en la investigación de la globalización como una particular expresión escalar del neoliberalismo y de la circulación del capital, lo que supone concebir al espacio como una continuidad en integración con el tiempo económico y el dilema político y a los discursos sobre las escalas espaciales como dispositivos que entenebrecen las problemáticas relacionadas con la movilidad del capital, la consecuente pérdida de niveles de soberanía de algunos Estados naciones (Cutter, Richardson, & Wilbanks, 2003), actos geopolíticos locales y regionales por parte de actores estatales y no estatales (Dahlman, 2002) y las causas, consecuencias y vinculaciones que emanan de la situación de un actor en el espacio – territorio (Urry, 2011). Las reflexiones contemporáneas acerca de la condición

política del espacio y de las formas como el poder se comporta multidimensionalmente no sólo se constituyeron desde imaginarios acordes con las posturas representadas por Mackinder. Podríamos consignar como fundamentos de corrientes de análisis alternativos a las visiones mackindernianas, los trabajos de John Hobson (1902), Jason Moore (2003) sobre el rol de los recursos en la producción de los imperios y la obra de Henri Lefebvre sobre poder y espacio (1978, 1991, 2009). Considerando estos aportes, la geografía política contemporánea puede avanzar en el estudio de cómo la concentración geográfica de recursos crea las condiciones para que las empresas afecten y/o busquen modificar los sistemas de relaciones internacionales existentes (Hobson, 1902), se generen distorsiones en la dinámica espacial del capital (Harvey, 1978, 2012), la producción de pseudo neocolonialismos (Mandel, 1980), en los que explotan la mano de obra y otros recursos.

La caída del Muro de Berlín en 1989 derivó en el incremento en el Hemisferio Norte de espacios para la expansión del capitalismo y el establecimiento de nuevas fronteras (Mandel, 1980; Moore, 2003) que parecían expresar el fin de la guerra civil internacional iniciada en 1917. La caída del muro simbolizó el fin de un ciclo de luchas de clases a escala mundial, iniciado simbólicamente en la revolución bolchevique (North, 1984); culminaba una era de revoluciones y de contrarrevoluciones permanentes que involucraban a todo tipo de sociedades, generaban proyectos políticos muy diversos que eran tanto nacionales como mundiales por sus evoluciones e impactos (Wallerstein, 1999). Además, se ponía fin a un sistema de relaciones internacionales bipolar, generándose en su reemplazo un orden espacial multipolar, caracterizado por la sincronía de mercados regionales aglutinados en virtud de alianzas estratégicas y pactos de integración económica. Este cambio en la situación mundial desafió a la geografía política tradicional, exigiendo de ésta nuevos enfoques analíticos que hiciesen posible proyectar

un escenario futuro caracterizado por arreglos transitorios y febles. En virtud de lo anterior, esta rama de la geografía se consolidó como una de las vertientes investigativas más prolíficas durante la última parte del siglo pasado e inicios del actual (Webster, Bowman, McGowin, & Robinson, 2007), gracias a que geógrafos, politólogos y científicos sociales no sólo tocaron nuevos temas, sino que también reformularon el objeto y método de la disciplina, para que esta pudiese dar cuenta de los desafíos que entrañaba la realidad que se estaba configurando (Nogué & Rufi, 2001). Por ejemplo, la crisis de los socialismos exigió abordar de un modo menos estado-céntrico y menos dialéctico las contradicciones entre las formas jurídico-políticas e ideológicas de organización de la sociedad y las manifestaciones de fuerzas y movimientos sociales (Rodrik, 2012). Con lo anterior se abrieron oportunidades para el desarrollo de análisis geopolíticos a escala local o intraurbana en conexión con macroprocesos asociados a la dinámica del capitalismo global (Harvey, 2000).

Así como la escala sería una construcción discursiva motivada políticamente por actores significativos, la geografía política contemporánea se vale de representaciones culturales, históricas y políticas del espacio y del poder, con el fin de explicar las relaciones entre espacios, grupos humanos organizados como unidades políticas, sociedades y espacio, siendo ese el hilo conductor que liga a las investigaciones contemporáneas con los trabajos de los geógrafos de los siglos XIX y XX, ya que el análisis geopolítico siempre ha operado mediante abstracciones y generalizaciones cuyo punto de partida es la realidad política objetiva que actúa como un escenario y como una contraparte donde se despliegan fuerzas centrípetas y centrífugas que politizan las relaciones entre ser humano-sociedad y medio (Brzesinski, 1998). Surgieron otras escalas territoriales en el corpus teórico e investigativo de la geografía política durante su evolución reciente. Al ya consiguado nivel urbano e intraurbano se sumó un ámbito

intermedio, representado por estudios regionales y/o continentales, cuya mayor escala corresponde a estudios referidos a la geografía del desarrollo y subdesarrollo, a la geografía política de la globalización, entre otros. En este tipo de trabajos se analizan las contradicciones entre las estructuras estatales y las creadas por diversos movimientos sociales, que desacoplan la política (referida a los objetivos de los partidos políticos que conviven en el Estado) de lo político (esto es, las dinámicas mediante las cuales los problemas ciudadanos que pasan a tratarse en plazas y calles). También se discuten los posibles conflictos asociados al carácter escaso de los territorios, que son disputados por distintos entes, algunos de los cuales funcionan en la lógica del mundo globalizado, y las pugnas en escenarios diversos de las naciones capitalistas, perceptible en fenómenos socio-territoriales relacionados con el despegue de la economía germana y su aparente hegemonía en la Unión Europea, la dinámica geopolítica y económica de China, los NIC's y Japón, la situación geopolítica y económica de Estados Unidos de Norteamérica, la dinámica geopolítica en el Cáucaso, límites de la actual Federación Rusa, Golfo Pérsico y Mar Caribe. Una expresión de estas disputas fue la Guerra del Golfo Pérsico, que mostró divergencias entre los países europeos y también entre éstos y los Estados Unidos de Norteamérica, además de complicar las relaciones de éste último y Europa con el mundo árabe.

Respecto al problema del poder y las relaciones de éste con la categoría espacio, se hace necesario detenernos en el problema de los escenarios en los cuales se produce (y que condicionan y/o influyen) toda reflexión científica. Los aportes de Mackinder se sustentaban, a nuestro juicio, en una pregunta fundamental, ¿Cómo asegurar la permanencia en el tiempo del modelo imperial británico (y consecuentemente la de sus aliados)? Esta pregunta se resolvió en el modelo de Mackinder considerando las potenciales civilizaciones rivales y las amenazas internas a la preeminencia de los valores

anglosajones. No obstante lo anterior, la pregunta sigue estando vigente, presentando otras versiones que mantienen la interrogante pero que difieren en el sujeto. Podríamos decir que buena parte de la reflexión geopolítica global contemporánea se sitúa en esta tradición (Kearns, 2013), buscando en un mundo ahora políticamente unipolar, el dominio de

todos los tableros del ajedrez donde se compita por alguna cuota de poder y una especie de estrategia de control del estilo de "espectro completo" (Kearns, 2013) o una reformulación de las doctrinas de seguridad nacional surgidas en la Guerra Fría del siglo pasado (Kim, Pantzalis, & Park, 2012).

Conclusiones

Abordaremos el planteamiento de diversas reflexiones, las primeras referidas a la geografía política como tal, seguidas por otras que abordan al objeto de estudio y cerraremos con algunas propuestas de esta índole en el ámbito nacional e internacional.

Empezamos con el análisis de la geografía política como tal. Al respeto, afirmamos que las teorías de Ratzel, Mackinder y Spykman, más nítidamente que otras, surgieron del miedo y la desconfianza. Por ejemplo, Mackinder buscaba alguna forma que garantizase que nunca acontecería la unión forzada o negociada entre Rusia o la Unión Soviética y Alemania, proceso que amenazaba severamente a la seguridad del Reino Unido. Recordemos que en las dos guerras mundiales esta situación se dio y actualmente explica, en alguna medida, los últimos procesos acontecidos en Crimea y en Ucrania. Ratzel, por su parte, constituyó una explicación pseudocientífica acerca de las relaciones entre los Estados partiendo de la inconveniencia de fórmulas de organización política e institucional desde las cuales los grupos, clases u organizaciones sociales pudieran confrontar los objetivos del Estado, entendiendo a éste como el depositario del bien común y del interés nacional. El territorio, desde esta postura, se transformó en un ente regulador, en un objeto de control de la ciudadanía que debía resignar porciones de libertad para alcanzar objetivos comunes.

Todo lo anteriormente expuesto nos entrega señales de que una época terminó. Las tensiones y los arreglos, las cartografías geopolíticas y las polarizaciones ideológicas, mucho a lo que ya estábamos acostumbrados, pareció confundirse y deshacerse de un momento a otro; la dialéctica de la historia entró a un nuevo ciclo. Un nuevo mundo debe ser dilucidado, uno que funciona en diferentes tableros de ajedrez, no sólo al que concurren militares y políticos. La geografía política debe seguir la larga senda de transformaciones epistemológicas y estructurales que le han permitido permanecer en el tiempo, aportando metodologías y modelos teóricos acordes con las nuevas tecnologías, integración de mercados y empoderamiento de la sociedad civil y de los movimientos sociales.

Respecto al objeto de estudio de la geografía política, comenzamos señalando que el espacio geográfico, en tanto continente de esperanzas y posibilidades, de significantes y significados, ha desafiado la constitución de nuevos abordajes, donde los sujetos de acción política con posibilidades de transformar el espacio, apropiarse de territorios y construir distintas espacialidades, son diversos. En la actualidad, la geografía política se construye desde la consideración del espacio como un objeto cargado de política, en el cual diversos actores sociales compiten para lograr concretar sus utopías a distintas escalas, ya sea aisladamente o mediante la cooperación es-

tratégica. En este mismo orden de ideas, afirmamos que el espacio geográfico, a diferencia de lo que planteaban posturas neopositivistas y regionalistas, está cargado de política y nunca es (políticamente) neutro. Este carácter lo transforma en un continente de fuerzas originadas en la existencia de distintas fuentes sociales de poder que en la búsqueda del logro de sus objetivos genera territorialidades y territorializaciones, transformando permanentemente la realidad, a veces de manera imperceptible y otra mediante procesos más visibles. En tanto existen fuentes sociales de poder de distinta magnitud y signo, no existe un agenciamiento único en la transformación del espacio, pero si un motor común, la persecución de objetivos con contenido territorial, cuestión que plantea nuevos desafíos al análisis geopolítico de la realidad en sus diversas escalas. Por lo anterior, el geógrafo político contemporáneo debe observar dinámicas de la cotidianidad, no sólo documentos oficiales. Debe leer atentamente los grafitis como formas de intimidación, también de afirmación de identidades y alteridades que demandan mayores niveles de reconocimiento; considera a los movimientos sociales como expresiones de la diversificación de la esfera pública; analizar al espacio público como un capital simbólico y sinérgico; reflexionar acerca del rol del Estado y sus deberes con respecto a los restantes grupos y clases sociales, entre otros tópicos. Por ende, lejos de haber perdido vigencia, esta rama de la geografía humana se ha transformado en un estanco prolífico, ya que atiende el estudio de problemáticas socio-espaciales concretas.

Un tercer eje de conclusiones es el referido a identificar posibilidades de análisis geopolítico a esca-

la nacional e internacional. Uno de los aspectos que distingue al siglo actual es la imposibilidad de adelantar con algún nivel de exactitud escenarios geopolíticos futuros. Entre las causas de esta imposibilidad destacaremos la fragilidad de las naciones, otrora gran invento de la Modernidad: Cuando los intereses geopolíticos lo demandan se crean naciones con gran facilidad y dinamismo, tal es el caso de la naciente Crimea prorrusa, la posible federalización y consecuente generación de múltiples estados naciones de Siria, Irak y Libia, según los intereses de las naciones del Primer Mundo y no de los pueblos beligerantes. Lo anterior tensiona, en países como el nuestro, discusiones referidas a la condición plurinacional de los Estados, en tanto la existencia de este tipo de modelo podría despertar el interés de algunas potencias para apoyar procesos emancipatorios y/o separatistas, o bien, a respuestas desde el Estado central en sentido contrario, según dicen los análisis referidos a las posibilidades para el acceso a recursos naturales estratégicos en espacios fronterizos en la dinámica del capitalismo global. Relacionado con lo anterior, urge analizar los posibles efectos, sobre todo en democracias con un alto grado de vulnerabilidad, del Cambio Climático, que no tiene nada de global en tanto afecta de modo distinto a los países en función de sus niveles de desarrollo y cuotas de participación en el capitalismo global. En algunos casos la pérdida de territorios y de los recursos que estos contienen, amenaza severamente la estabilidad de algunos Estados, la supervivencia de grupos humanos, especialmente los más excluidos y profundiza la inequidad en materia de distribución de la renta mundial.

Bibliografía

- Agnew, J. (1987). *Place and politics: the geographical meditation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.
- . (2005). *Geopolítica: una re - visión de la política mundial*. Madrid: Trama Editorial.
- Bértola, L., & Ocampo, J. A. (2010). *Desarrollo, vaivenes y desigualdad. Una historia económica de América Latina desde la Independencia*. Secretaría General Iberoamericana. Madrid: Secretaría General Iberoamericana.
- Blouet, B. (December de 2004). The imperial vision of Halford Mackinder. *The Geographical Journal*, 170(4), 322-329.
- Brzesinski, Z. (1998). *El nuevo tablero mundial*. Barcelona: Paidós.
- Capel, H. (1981). *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la geografía*. Barcelona: BARCANOVA.
- Capra, F. (1991). El nuevo paradigma ecológico. *Nueva Conciencia*(22), 28 - 31.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. (1999). *La Era de la Información (Vol. II)*. México D.F: Siglo XXI.
- Corbo, V. (Primavera de 1988). Problemas, teoría del desarrollo y estrategias en América Latina. *Estudios Públicos*(32), 1 - 44.
- Cutter, S., Richardson, D., & Wilbanks, T. (2003). *Geographical dimensions of terrorism*. New York: Routledge.
- Dahlman, C. (2002). The political geography of Kurdistan. *Eurasian Geography and Economics*(43), 271 - 299.
- Flint, C. (2003). Political geography: context and agency in multiscalar framework. *Progress in Human Geography*, 27(5), 627 - 636.
- Fontana, J. (1994). *Europa ante el espejo*. Barcelona: Crítica.
- Gallois, P. (1990). *Geopolitique. Les Voies de la Puissance*. París: Plon.
- Glacken, C. (1996). *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Gladwell, M. (2000). *The Tipping Point: How Little Things Can Make a Big Difference*. New York: Back Bay Books.
- Harvey, D. (1978). Trabajo, capital y lucha de clases en torno al medio construido en las sociedades capitalistas avanzadas. En D. Harvey, *Geografía radical anglosajona*. Barcelona: Bellaterra: UAB Departamento de Geografía.
- . (2000). *Espacios de Esperanza*. Madrid: Akal.
- . (2012). *El enigma del capital y crisis del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Hepple, L. (October de 1986). The revival of geopolitics. *Political Geography Quarterly*, 5(4), 21 - 36.
- Herod, A., & Wright, M. (2002). *Geographies of power: placing scale*. Malden: Blackwell.
- Hobson, J. (1902). *Imperialism: A Study*. New York: James Pott and Company.
- Huntington, S. (2005). *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Kaplan, R. (2013). *La venganza de la geografía. Como los mapas condicionan el destino de las naciones*. Barcelona: RBA Libros S.A.
- Kearns, G. (2013). Beyond the Legacy of Mackinder. *Geopolitics*, 18(4), 917 - 932.
- Kim, C. (., Pantzalis, C., & Park, J. C. (2012). Political geography and stock returns: The value and risk implications of proximity to political power. *Journal of Financial Economics*(106), 196 - 228.
- Knutsen, T. (2014). Halford J. Mackinder, Geopolitics, and the Heartland Thesis. *The International History Review*, 36(5), 835 - 857.
- Korol, J. C., & Tandeter, E. (1999). *Historia de América Latina: problemas y procesos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lefebvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- . (1991). *The Production of Space*. Malden: Blackwell Publishers.
- . (2009). *State, space, world: selected essays*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Mackinder, H. (1914). *The Modern British State: An Introduction to the Study of Civics*. London.
- Mackinder, H. (april de 1904). The geographical pivot of history. *The Geographical Journal*, 23(4), 421 - 444.
- Mandel, E. (1980). *Las ondas largas del desarrollo capitalista: la interpretación marxista*. Madrid: Siglo XXI.
- Martinez Carreras, J., & Moreno García, J. (1999). *Descolonización y Tercer Mundo. Cuadernos de Historia Contemporánea*(21), 147 - 160.
- McLean, M. (2007). *The Cosmographia of Sebastian Münster. Describing the World in the Reformation*. Hampshire: Ashgate .
- Mendieta, E. (June de 2006). War the School of Space: The Space of War and the War for Space. *Ethics, Place and Environment*, 9(2), 207 - 229.
- Mitchell, D. (2003). *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space* . New York: Guilford Press.

- Moore, J. (2003). Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism. *Review*, XXVI(2), 97 - 172.
- Nemours, D. d. (1976). *Oeuvres du Turgot*. París: Guillaumin.
- Nogué, J., & Rufi, J. (2001). *Geopolítica, Identidad y Globalización*. Barcelona: Ariel S.A.
- North, D. (1984). *Estructuras y cambios en la historia económica*. Madrid: Alianza Universidad.
- Polanyi, K. (1989). *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- Raffestin, C. (1980). *Pour une géographie du pouvoir*. París: LITEC.
- Ratzel, F. (1885). *Anthropogeographie öder Grundzüge der Erdkunde auf die Geschichite*. Stuttgart: J. Engelhorn.
- . (1975). *Antología Geopolítica*. Buenos Aires: Pleamar.
- . (1987). *La Geographiepolitique. Les concepts fondamentaux*. París: Librairie Arthème Fayard.
- Reclus, É. (1906 - 1909). *El Hombre y la Tierra*. Barcelona: Escuela Moderna.
- Reclus, É. (1980). *La geografía al servicio de la vida (Antología)*. Barcelona: Editorial 7 1/2.
- Robert, A., & Fernandes, F. (1990). *Ratzel*. São Paulo: Atica S.A.
- Robinson, B. (1977). Some fragmented forms of space. *Annals of the Association of American Geographers*, 67(4), 549 - 563.
- Rodrik, D. (2012). Who needs the nation state? *Centre for Economic Policy Research*, 1 - 40.
- Romero, A., Orozco, M. E., Carreto, F., Mireles, P., Espinoza, L., Cadena, I. & González, M. A. (2000). *Espacio geográfico*. México D.F: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Sanguin, A. -L. (1981). *Geografía Política*. Barcelona: Oikos - Tau S.A ediciones.
- Sauer, C. (1971). The formative years of Ratzel in the United States. *Annals of the Association of American Geographers*, 61(2), 245 - 254.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Sewell, W. (1996). Three temporalities: Toward an eventful sociology. En T. McDonald, *The historic turn in the human sciences*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Starr, H. (2013). On Geopolitics: Spaces and Places. *International Studies Quarterly*(57), 433 - 439.
- Strausz - Hupé, R. (1945). *Geopolítica. La lucha por el espacio y el poder*. México D.F: Editorial Hermes.
- Taylor, P. (1999). Places, spaces and Macy's: place-space tensions in the political geography of modernities. *Progress in Human Geography*, 23(1), 7 - 26.
- Taylor, P., & Flint, C. (1994). *Geografía Política. Economía - Mundo, Estado - Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Tooley, M. (January de 1953). Bodin and the Mediaeval Theory of Climate. *Speculum*, 28(1), 64 - 83.
- Tovar Ruíz, J. (2011). Cuatro momentos de la doctrina en política exterior estadounidense: ¿Entre la teoría y la práctica? *Revista CIDOB d'afersinternacionals*(95), 165-187.
- Urry, J. (2011). ¿Complejidades y futuros? *Revista CIDOB d'afers internacionals*(95), 11 - 20.
- Wallerstein, I. (1991). *El Moderno Sistema Mundial, I, Agricultura Capitalista y los Orígenes de la Economía - Mundo Europea en el Siglo XVI (Vol. I)*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- . (1999). *Después del Liberalismo*. México D.F: Siglo XXI.
- Webster, G., Bowman, J., McGowin, D., & Robinson, H. (2007). Research on the Political Geography of the South. *Southeastern Geographer*, 47(1), 1 - 12.